

Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 42 rs. vn. el trimestre.
Madrid y provincias, 46 rs. id.
Números sueltos un real y medio.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayoresmero.



Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

ARTICULO DE FONDO.

I.

¿Conoceis á Pitágoras? ¿No habeis oido hablar del célebre sábio griego, que el primero, apuntó la idea de la transmutacion de las almas, por mas que lo hubiese tomado de los indios budistas?

¿Conoceis á Diógenes, al del tonel, al nunca bien ponderado cínico, que no pudo hallar un solo amigo entre los hombres de su época, aunque lo estuvo buscando con una caja de fósforos en la mano?

Cuento con que alguna vez habreis oido citar á entrambos filósofos; y admitido esto, voy á deciros qué motiva mis eruditas citaciones, y el por qué ó el título que encabeza este artículo.

Vamos al fondo de las cosas; queremos enseñaros el fondo de la conciencia humana, bajad hasta el fondo de los corazones y... Hé aquí por qué escribimos un artículo de fondo.

Yo bien sé que mas os gustaría un *artículo de fonda*; pero como es achaque harto viejo en los que manejamos la pluma el no ver el busto de S. M. todos los dias, de ahí el que no sepamos donde se hallan situados esos benéficos establecimientos, que la panza admira con entusiasmo y á quienes sonrien los dientes de los bien aventurados.

Y ya que se trata de probaros la verdad de nuestro aserto, os diremos que tan solo una vez hemos comido en fonda; y esto de gorra; no por que no tuviéramos sombrero que ponernos, que aun nos conceden algo de crédito; sino por que han dado en decir que es comer de gorra comer por cuenta de otro.

Con inefable beatitud esperaba nuestro estómago las deliciosas viandas que debiamos ir remitiendo poco á poco; y, sentados al derredor de una bien aderezada

mesa, aguardábamos contemplando tanto embeleso, cuando nos fué presentada la lista de la comida.

—«¡Magnífico! exclamó un vecino: vamos á comer en francés.» Abrió cada ojo como un plato; y eso que los platos de las fondas son colosales, no así las tajadas.

—Veamos la sopa, dije, *purée des petits pois*. ¡Cuerno! exclamé; comenzamos á comer *puros y pétis*? No entrará este manjar en mi aposento.

Leí en seguida *entradas*, y luego *costillas á la papillote*. Esto de ver costillas con papillotes, me alegró el alma; y mucho mas, cuando despues ví que se nos servian *petits pates á la Richamelle*: que, ó yo no entiendo el francés ó significa *pétis y patos á la brecha de miel*.

A continuacion, y con no poco asombro, ví que la lista anunciaba una *cartuja de perdices*. Yo no sé si seria *la alta* ó *la baja* la que nos íbamos á tragar; pero la idea de comerme una cartuja me horripiló.

Continuando la lectura encontré el sorprendente plato que se anunciaba con el título de *Filets de Beuf á la purée de pomme*: que con sin igual acierto trduje, *filetes de viudo, á los puros y pomos*. La idea de tan horrible combinacion me puso cárdeno; pero aun no habia concluido de asombrarme.

Prometia la lista que se nos daría á continuacion *canards aux olives*, ó sean, *canarios de oliva*; y despues, *salmon á la real*; *pavos trufados*; *crema á la princesa*; *nongat á la duquesa*; *manzanas de la reinita*, y *conservas á la mariscala*.

Los vinos que debian ayudarnos á tragar tanto plato, eran *Rhin*, *Sauterne*, *Châteaux Margaux*, *Madera*, y *Champagne*, ó sean *Rui sotierno*, *chato amargo*, *caoba* y *agua de chufas*.

¡Bonita comida nos esperaba!

Estaba á punto de perder el apetito con sola la lec-

tura de la lista, cuando me acordé de Diógenes, que si él no pudo hallar un solo amigo en el mundo conocido entonces, yo no podía hallar un solo bocado en la lista aquella. Me acordé de que el gran sábio bebía de bruces el agua del arroyo, y casi preferí tan sucio brebaje, á tener que sorber los horribles líquidos que anunciaba la lista.

Tuve valor y esperé la sopa; y desde la sopa al postre todo lo encontré superior á su fama.

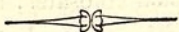
¡Oh, Pitágoras! ¡Cuánta razon tenias al suponer que habremos sido otra cosa al ver lo que somos, y afirmar que una mosca habria sido en tiempos un elefante!

Tenias razon; nosotros, que nos espantamos á la idea de engullirnos una cartuja, ¡cuál no fué nuestra sorpresa cuando, en vez de un magnífico convento, nos vimos servir un escasísimo plato de perdiz; pues no llegaba á perdices!

Paso por alto la deliciosa coleccion de vinagrillos que, con el título de vinos, nos sirvieron.

La comida llegó pronto al fondo del estómago y.... advierto que me he alejado, y no poco, del principal obgeto que me habia propuesto: el desentrañar los vicios é iniquidades de la sociedad actual.

Quise hacer un artículo de fondo, y resulta ser este un *artículo de fonda*; como si digéramos un plato de pepinillos en vinagre. Lo mismo da lo uno que lo otro.



Jauja, no sé á cuantos, de qué año ni de qué mes.

(CONCLUSION.)

¡Ay, amigo Ri-Qui, ¡cuántas cosas raras tengo que contarte de esta tierra y cuantos errores que desmentir! ¡Cuántas sorpresas; y cuanta admiracion para mí! Yo, que pensaba no encontrar, alma viviente conocida, me veo rodeado de pronto por varios que me llaman por mi nombre, que me dan la mano, me abrazan, me achuchan y me aturden con sus desahorados gritos de alegria; y tú podrás juzgar de la mia al hallarme en medio ¿de quién dirás? en medio de todos los malos trabajadores de la S. H.

—¡Cuanta gente hay en esta tierra!!!

—Veo, me dijo Progreso, que no te hallas entre estraños; por tanto te dejo.—Y, ¿cómo saldré de aquí cuando lo desee?—Toma ese silbato, y cuando me necesites, hazlo sonar y vendré por tí.—Marchó sin mas explicacion, dejándome entre los jaujanos.—¿Te quedarás con nosotros?—¿No te marcharás nunca?—Tú ya nos perteneces.—Aquí se vive.—Y se bebe; verás, verás.—Viva la broma!—Viva el nuevo jaujano.—Vivaaaaa!!!!

Toda esta bataola no se puede describir; era necesario verla, oirla.

Por fin, rendidos se apaciguaron un poco y pudimos entendernos.

—Nos dirás qué hay de nuevo en Zaragoza?—Sí; que nos lo cuente todo.

—Qué, ¿no recibis aquí *El Duende*?—No.—Por eso estais tan atrasados y á oscuras; pero dejadme de preguntas y vamos á almorzar á la ciudad.—¿A qué ciudad?—¿A qué ciudad ha de ser? A *Jauja*!. No estamos en ella?—Sí; pero *Jauja* no es ciudad.—Es decir que vivreis todos en casas de campo.—Que casas de campo ni que ocho cuartos.—Aquí no hay casas de campos ni de montes.—¿Cómo! ¿Tan pobres estais, que ninguno de vosotros tiene casa ni hogar?—Ni la necesitamos.—¿Y es este el pais tan delicioso que dicen, y no hay ni ciudad ni casas!—Y para qué queremos aquí nada de eso?—Si lo tuviésemos nos veríamos obligados á trabajar para hacerlas al menos; y aquí, al que trabaja se le azota, ya lo sabes.—Pero y guisar? Porque supongo que comereis.—Ya lo creo, y en grande. Ven y juzgarás por tí mismo. Echamos á andar, y lo hacíamos por un piso tan suave y blando, que parecia estaba alfombrado con lana cardada ó algodón finísimo. Lo primero que llamó mi asombrada imaginacion fueron unas bellísimas fuentes que de trecho en trecho habia, y que unas eran de oro y otras de cristal de roca, y hasta las habia de gruesos brillantes, y que por sus millares de caños, destilaban los mas preciosos líquidos del universo, como vinos de Málaga, Jerez, Champagne, Oporto, etc. etc.; por otros chocolate de caracas legítimo (sin almazarron, piñones, ni otros cuerpos estraños) hecho con leche de cabra ó vaca; por otros leche sola... pero sola; por otros rico café de Moca; por otros rom, marasquino, anisete, y en fin, un sin número de ellos; y, todos por supuesto, dobles y legítimos de donde sus rótulos marcaban; y á largas distancias veia resvalar tranquilamente rios de miel, nectar y embrosía.

Figúrate, si puedes, amigo Ri-Qui, como tendria yo la boca al ver tantas maravillas: la tenia casi desencajada; cuando de pronto me dicen.—Has venido á mirar ó á comer?—Con intencion de comer venia; pero viendo tanta hermosura, me quedo atónito; y además de beber, bien veo; pero lo que es de comer hasta de ahora no mucho.—¿No? pues vuelve la espalda á la bebida y verás.—Hicelo así, y me hallé enfrente de un hermoso y dilatado paseo; tanto, que no se le veia el fin, y que á ambos lados tenia dos hileras de frondosos árboles frutales, los que me produjeron una risa tan atroz, que todavía se me resienten los hipocondrios; pues figúrate que en vez de melocotones, manzanas, peras ó higos, colgaban de sus ramas salchichones de Vich, chorizos estremeños, pavos rellenos, quesos de todas clases, panecillos de leche, requesones, tostadas de manteca, jamones gallegos, truchas y todas las clases de conservas que se encuentran en las cinco partes del mundo; así es, que al mismo tiempo que reia, brincaba, corria, sudaba la gota gorda de puro gozo, y todos los circunstantes reian conmigo de ver mi júbilo.—Vaya, elige tu almuerzo y no desperdicies el tiempo; me digeron luego que pudimos hablar. Así lo hice, abalanzándome á un enorme jamon en dulce, del que dí buena cuenta

en union de un pan candéal y de sendos tragos de vino de Cariñena: (españoles sobre todo.) y todos, poco mas ó menos, hicieron lo mismo, cada uno segun su gusto.

Acabado que hubimos de almorzar, nos levantamos de la mesa, que no era otra que el santo suelo, bien lleno el estómago y algo caliente la cabeza, y nos pusimos á dar un ligero paseo, y yo torné á mis eternas preguntas.—Y todas estas cosas ¿de donde ó por donde os vienen?—No lo sabemos, ni nos importa; disfrutamos de la felicidad sin inquirir su origen.—Pero para guardar tanta riqueza tendreis que mantener un sinnúmero de agentes y municipales?—Para qué? De nada nos sirven.—¡Cómo que no sirven!—Al menos aquí, donde cada uno hace lo que quiere.—Tambien por allá cada uno hace lo que le parece; hasta ellos mismos y...—Castigarán á los unos y á los otros.—Pero dejemos nuestra antigua patria y hablemos de esta. ¿Quién os viste aquí, Paules, Ulled ó Escanero? Pues veo que todos vais á la moda, nuevecitos flamantes.—¡Qué torpe estás! Déjate de esas vulgaridades y ven, verás nuestros sastres.

Lleváronme, en efecto, no lejos de allí, y encontramos en un inmenso bosque de árboles de las mas variadas clases, y que cada uno producía prendas hechas, segun los últimos figurines (por supuesto franceses) y en donde no habia mas que probarse y quedarse cada uno con la que le venia bien.—Amigos, les dije, esto es el cielo!—No lo sabes bien; y cuando lleves algun tiempo en este pais, podrás apreciarlo. Añade á esto, que aquí el calor nunca sube á mas de 22° Reaumur, ni baja de 18°.—Siendo así, aun tendreis otra ventaja; y es que no tendreis que poner bozales á vuestros perros, ni llevarles numerados y atados.—Atados sí los llevamos; pero los atamos con longanizas.—Lo que equivale á llevarlos sueltos, puesto que se comerán las ataduras.—Al principio se las comían; pero á fuerza de comerlas, llegaron á tomarles tal antojo que, no lo dudes, concluyeron por aborrecerlas. Por lo dicho vendrás en conocimiento, aunque imperfectamente, de nuestro pais; y digo nuestro, porque ya creemos que no cometerás el disparate de marcharte, si has tenido la dicha de venir á él.—¡Que es dejáros! Nada de eso; soy vuestro con el alma y la vida, hasta la consumacion de los siglos: solo me falta hacerlos dos ó tres preguntas: la primera deseo saber donde se duerme; porque soy bastante poltron.—En magníficas camas, que verás mas tarde.—Bien, y todo esto ¿qué os cuesta?—Nada; aquí los sastres, zapateros y fondistas no nos desuellan con sus cuentas.—Vuestro, vuestro: este es el pais del verdadero progreso. Y añadiendo á todo esto las magníficas bibliotecas que tendreis; billares que freuentareis, esto será siempre un verdadero eden.—Hombre, no; esas frioleras no se hallan en este pais.—¡Como! ¿No teneis cacerías, billares ú otros juegos de distraccion?—No; aquí no se permite ningun juego.—Pues para muchos de vosotros será un castigo. Pero libros de instruccion y pasatiempo...—Tampoco.—Pero cuando menos periódicos.—Aquí no

se permite mentir; y ya ves, que los periódicos...—Sí, ya comprendo; pero entonces ¿en qué pasais el tiempo?—En comer, pasear y dormir.—¿Nada mas?—Nada mas. ¿Te parece poco? Y todo *gratis*.—Pero aunque todo eso es muy bueno, os aburriréis.—Algo.—Os fastidiareis.—Bastante.—En fin, sea lo que quiera, me quedo y ello dirá; voy á llamar á Progreso y decirle que me traiga mi mujer y mis hijos, y aquí me teneis para siempre.—Espera, no le llames.—¿Porqué? Porque no podrá concederte lo que le pides.—¿Por qué?—Porque al venir al pais del progreso has venido al pais de los materialistas, y para morar entre ellos, hay que renunciar á todas las afecciones, hasta las mas dulces y tiernas; por consiguiente lo que quieres pedirle no te lo concederá.—Es decir, que para vivir entre vosotros y pasar una vida de holganza como la vuestra, es preciso morir de fastidio y ser miembros inútiles de una sociedad que os reclama, porque le perteneceis. Y para esto hay que abandonar todas las mas caras afecciones, esposa, hijos, padres y amigos?—Sí.—Pues quedad con Dios y con vuestra falsa felicidad, que yo me vuelvo á mi Zaragoza, donde, aunque trabajosamente, paso la vida al lado de mi adorada familia. Gozad de vuestros bienes, que no os envidio, y hasta la vista.

Saqué mi sibato del bolsillo; lo hice sonar, y quedo aguardando que Frutos del Progreso venga á sacarme de su decantado pais de *Jauja*.

Adios: espero abrazarte lo mas pronto posible. Tuyo tu amigo—*Sirac Encurri*.

¿Qué será?

Historia espeluznante.

I.

Un puñado de vecinos.

Sentados, formando corro,
en una sala asquerosa,
están don Blas y su esposa,
el tio Cebon y el del gorro.

Esto quiere decir que á mediados del siglo ** el 31 de febrero, la tertulia de don Blas estaba en completas.

¿Quién era don Blas?

Don Blas habia sido fabricante de naipes, de peines y de aparatos destilatorios.

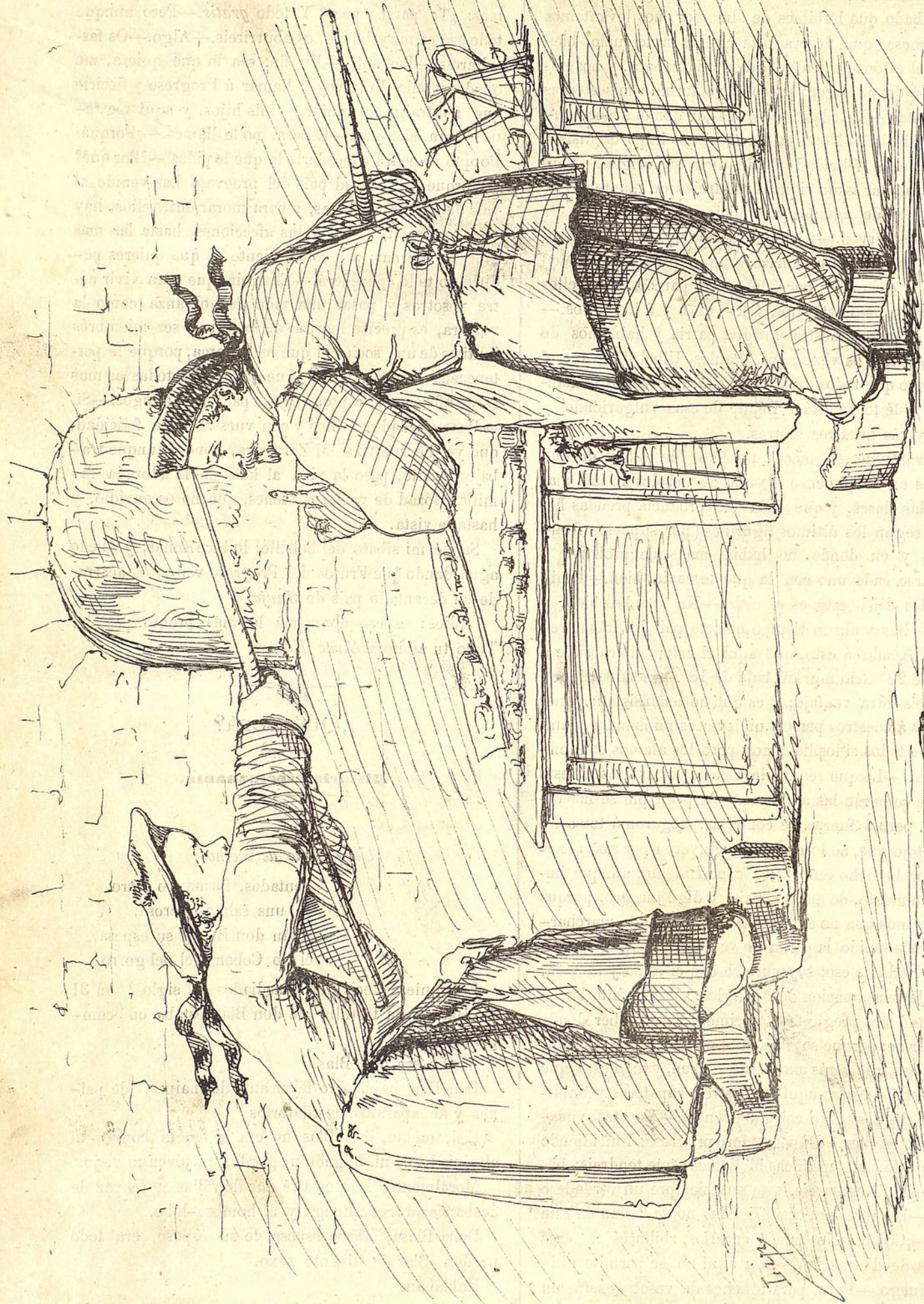
Físicamente, don Blas no era ni feo ni bonito, ni alto ni bajo, ni delgado ni gordo, ni jóven ni viejo.

Moralmente, solo os diré que don Blas era capaz de desbancar á Serrallonga y al hombre-lobo.

Doña Blasa, digna esposa de su esposo, era todo un don Blas de distinto sexo.

Hablaban.

—¿Saben ustedes, dijo el del gorro, que anoche pareció aquello?



—Compañero, dice el público inteligente y sensato que nuestras obras de pastelería son excelentes.
—Soy de la opinion del público; pero esto no impide que á muchos consumidores causen terribles indigestiones.

CAPÍTULO II.

Qué era aquello.

—Hombre. . . ! hombre. . . ! ¿Y qué me cuenta usted? Contestó Blasita.

—Lo que usted oye: las sombras cruzaron de nuevo la calle.

—Qué sombras son esas? Esclamó el Cebón.

—Cómo ¿no sabe usted lo que pasa?

—Quiá!

—Pues oiga.

Dice don Blas. —Huye el día veloz; llega la noche, envuelve al mundo *túpido* crespon, y en la hora fatal en que los muertos levantan del sepulcro el. . . tornavoz, por la calle vecina dos. . . dos. . .

Todos, demostrando la mayor curiosidad repiten «¿dos?»

Don Blas continúa, «sombras atraviesan con paso aterrador; y vuelven á pasar, y nuevamente tornan las sombras, hasta que el farol que puso el municipio en cada esquina se apaga por completo y . . . se acabó.

Todos los tertulios se santiguaron con estremado fervor y dijo doña Blasa. . .

III.

Lo que dijo doña Blasa.

Doña Blasita con aire deliberado y dando muestras de feroz escepticismo.

Diga usted lo que quiera, señor del gorro, no creo en esos cuentos tan espantosos. Que bien se muestra que esos cuentos son cuentos. . . Cuentos de vieja.

La reunion quedó estática. . . aplaudió estrepitosamente al orador y le dedicó una corona de laurel.

Habían escogido buen día; justamente aquella noche era noche de estofado.

IV.

La verdad del caso.

El caso es que el pueblo todo se hallaba en conmoción, efecto del terrible suceso, que contará *el del gorro*.

Aquellas pertinaces sombras, que tenían alarmado al pueblo, no había medio de hacerlas desaparecer.

Eran tan perceptibles, aunque inmateriales, que todos habían tenido ocasión de cerciorarse de su autenticidad.

No cabía duda acerca de la existencia de las sombras.

La autoridad hubo de tomar cartas en el asunto; pero las cartas no dieron juego, y la cosa continuó en el mismo estado.

Creyóse en si sería obra del diablo; se apeló á los mas terribles conjuros, á los mas fuertes exorcismos, se hicieron rogativas, dijéronse misas, pronunciá-

ronse oraciones deprecatorias y . . . las sombras erre que erre.

La ciencia que, dicen, lo explica todo, quiere explicar el hecho: y, como siempre, la ciencia se quedó con que no sabía nada.

Trataban unos el caso de fenómeno y procuraban analizarlo atribuyéndolo al efecto de la demasiada electricidad de la atmósfera que embargaba los sentidos y hacia soñar á los despiertos.

Llegó, por fin, un sábio y dijo, que admitiendo la posibilidad galvanizadora, creía, como único remedio posible, el uso de la trompeta para que despertasen los vecinos de aquella atroz pesadilla.

El pueblo se creyó salvado.

Desde entonces cada día

no se oía

otra cosa en el lugar

que un continuo trompetear,

una horrible algarabía.

«Este remedio no vale:»

dijeron al cabo todos.

Las sombras, de todos modos,

siempre están dale que dale.

V.

Lo que hacían don Blas y doña Blasa metiditos los dos, siempre en su casa.

El sábio era pariente de los cónyujes.

El sábio sabía lo que se hacía.

Al oír el trompeteo, todas las ratas enderezaron las orejas y dijeron.

—¡Cuerno! ¿Qué es esto?

La célebre rata *del cascabel*, anunció á sus hermanas, que desde la famosa toma de Jericó no había oído tan espantoso clarineo.

Después de reñida votación, decidieron por *unanimidad* mudar de casa y buscar por albergue la mas silenciosa del pueblo.

Aquí las esperaba don Blas y . . .

VI.

Doña Blasa. La matanza.

A legiones corrian á guarecerse los pobres animalillos.

A legiones eran cojidos por nuestros héroes y encerrados en sendas talegas.

Blas y Blasa hicieron un gran negocio.

Se enriquecieron en la fabricación de guantes.

Blas y Blasa hicieron un gran beneficio á la humanidad.

Introdujeron, como alimento sano y sustancioso, la carne de rata.

Blas y Blasa hicieron progresar la industria.

Fueron los primeros que construyeron sombreros de pelo de rata.

¡Dediquemos un aplauso á tan interesantes esposos!

VII.

Pero ¿y las sombras?

Un sapientísimo corregidor, que por aquel enton-

ces regia el pueblo, encontró la siguiente estupenda solución, que podreis ver por el siguiente

BANDO.

Habitantes de asustado está este ilustre vecindario, y yo también, del sorprendente acon. . . . basta. Como siempre he oído decir que muerto el perro muerta la rabia, que no hay humo sin fuego, y que el que quita la ocasión etc., he dispuesto que, para no ver sombras, no hay como quedarse á oscuras, y así todos seremos pardos.

En consecuencia: queda desde hoy suprimido el alumbrado público.

El pueblo entusiasmado emprendió á estacazos con los faroles.

De entonces data el uso de los sombreros blancos en todo el mundo, y el abuso de la oscuridad en..... mi pueblo.

EL LECTOR Y YO.

El Lector.—Oiga usted, señor mío; y aquello de las sombras, qué era?

Yo. . . .—Sois curioso, amigo mío.

El Lector.—Pues qué, pensáis dejarnos sin la explicación....?

Yo—Os lo diré el día en que me expliquéis lo de cierta voz que se oía en cierta ciudad en cierta calle el año 1955.

¡Treinta años!

Pues que ya están á la puerta,
quiero cantarles un trovo.
¡Treinta añitos de mi vida!
Habeis pasado en un soplo.
No digamos que digamos,
como diz que dijo el otro;
pero es lo cierto, no hay duda,
que pasasteis y bien pronto.
Pasasteis, sí; y al llevaros
mis ilusiones, no lloro;
fuera malgastar el agua
por lo que sirve de estorvo.
Siento, sí, que los achaques,
consecuencia de jolgorios,
se acercan para pillarme
y atormentarme en su potro.
Reumatismos y gastritis...
huid de mí, no os conozco;
que estoy muy bien conservado
y puesto en lata en Logroño.
Dejad que de San Martín
goce el verano tan solo,
y despues, ya nos veremos,
entreteneos con otro.
Yo soy aquel que tú sabes,
(así cantaba Pacorro)
niña gentil, madre ahora

de siete rubios pimpollos;
aquel que, junto á tu puerta,
daba suspiros tan hondos
y juraba darse muerte,
como no fuera tu esposo.
¡Oh tiempos! ¡Cuántas mentiras
nos digimos los dos solos!
Yo, que juraba matarme,
estoy, como ves, tan gordo;
y tú, que amarme decías,
te casastes con Antonio.
La niña gentil y suave
ahora pesa mas que un plomo,
y el amante melencólico
no tiene pelo de tonto.
¡Treinta años! ¡Treinta años! ¡Ah..!
Cayeron sobre nosotros.
No hagamos como aquel pobre,
que despues de lleno el bombo,
lloraba porque sobraba.
Degemos que coman otros.
Y como no haya remedio,
y este es consuelo de tontos,
demostramos que aun está
bastante bueno el estómago,
y procuremos vivir
buenos, alegres y gordos.

Noticia.

Ya habrán leído ustedes, respetabilísimos lectores, que se trata nada menos que de *levantar el teatro nacional*; para lo cual *se ha difundido la noticia del pensamiento de la edificación de un teatro nacional*, en la coronada villa y Corte, por supuesto. Nada mas justo. Madrid necesita un *teatro nacional*, ya que hay uno para la ópera italiana, que es bueno; otro para la zarzuela, que es género indefinible, y que los demás teatros son indignos de la Corte de las Españas.

Edifiquemos, pues, un teatro magnífico; apuremos en él todos los recursos de la ciencia, del lujo, del esplendor; probemos á los nacionales, que lo dudan, y á los extranjeros, que no lo creen, que en la tierra del Cid sabemos hacer las cosas. Principiemos por hacer la jaula: los pájaros vendrán mas tarde.

Hagamos lo primerito el teatro: en cuanto á los actores, ó vendrán despues ó no vendrán nunca; pero, al menos, habremos *levantado un teatro nacional*.

Otra noticia.

Progresos hay que me parecen un tanto sospechosos; y cuidado que yo soy partidario del progreso, como de las hijas de Eva. Se entiende si son bonitas.

He leído en un periódico, en *El Amigo de las ciencias*: »Se ha hecho últimamente el experimento de unos vestidos incombustibles, por medio de los cuales, los bomberos podrán permanecer impunemente,

»durante cierto tiempo, en medio de un aposento incendiado, expuesto á la accion *directa de las llamas*, *co-ger á manos llenas y trasportar á larga distancia los objetos incandescientes ó abrasados*. Estos vestidos se componen de tejidos metálicos, de carton, de amianto, y de paño, hechos incombustibles por medio del borax, el alum y el fosfato de amoníaco.

Aquí tenemos una invencion que pondrá á muchos en gana de imitar al intrépido Artal y á sus compañeros, que con tanto valor como abnegacion prestan relevantes servicios en nuestros incendios. No obstante, para que este utilísimo descubrimiento sea perfecto, necesita dos cosas de poca monta, casi insignificantes, que me tomaré la libertad de indicar al inventor.

1.^a—Seria conveniente unir á cada vestido ininflamable un par de pulmones incombustibles; á fin de que el bombero pueda respirar en la atmósfera de 400 á 500 grados centígrados de los incendios.

2.^a—Tampoco seria malo descubrir una mistura en la cual se empapase al bombero antes de vestirle. Sin esta pequeña precaucion de hacerle á él mismo incombustible, correria el riesgo, en vez de ser asado, de encontrarse cocido á punto en su envoltura, como si fuese una costilla á la papillote.

No negaré que la invencion de que me ocupo es muy buena; pero, soy franco, si hubiese yo de ser bombero no la encontraria suficiente.

Hay lenguas mordaces, maldicientes, para las que no hay reputacion ni fama seguras; ni aun la de los faroleros. No falta quien diga con el mayor aplomo. «—¿Como han de lucir los faroles de la S. H. si el aceite que les corresponde sirve para confeccionar el alimento de los encargados del alumbrado público y para alumbrar sus aposentos?—» Calumnia, calumnia insigne, señores míos; y para probarlo, para dejar en el buen lugar que les corresponde á los mencionados faroleros, no tengo mas que coger á ustedes de la mano, y cual si fuésemos á bailar un minué ó una zarabanda, llevarles paso á paso á la calle de la Independencia, hacerles pasear, en un dia de viento y aun de calma, desde la esquina de la plaza de la Constitucion hasta la del café de la Iberia, y quedaríanse ustedes confusos, anonadados ante la mas irrecusable prueba de la inocencia de mis defendidos. El aceite desprendido, gota á gota, hilo á hilo, chorro á chorro, de los faroles, cubre el suelo, las paredes y hasta el tejado de las casas, despues de haber convertido á los transeuntes en otros tantos cuadros de Goya ó de Jusepe Martinez.

¿Como, pues, al ver tal superabundancia de aceite se atreven ustedes á llamar *lechuzos* á mis pobres é inocentes faroleros? ¿Como no han de arder los faroles por falta de líquido, cuando este rebosa, salta y se desparama en media legua á la redonda?

Un lector malhumorado.—Pues precisamente por eso

no lucen los faroles. El aceite en los quinqués, y no en el suelo.

Yo.—Tiene usted razon. No habia yo dado en ello.

TEATRO.

Aunque un poco tarde, diremos cuatro palabras del nuevo telon de boca pintado por el jóven artista señor Marin: *que nos gusta mucho*. Hemos cumplido con lo frecido.

En esta semana se han puesto en escena, *Verdades amargas* y *Maria di Rohan*; no juzgaremos hoy del mérito de la primera produccion, porque bastante se dijo cuando su estreno; y esta obra en que se dió á conocer ventajosamente el señor Eguiláz, encontramos que ha perdido algo de su color y sabor con el trascurso del tiempo. ¡Pícaro mundo! No hay cosa peor que volverse viejo. La ejecucion fué bastante notable y el público llamó á los actores á la escena. Lo merecian.

En esta noche se silbó el baile, y no sabemos por qué; si bien hay quien afirma que se silbaron las boleras porque los pícaros empresarios no contrataban una primera idem; y hay quien asegura, que tambien se silbó un poco, por que los terribles susodichos empresarios no pagan á otra que, desgraciadamente, no puede bailar. Creemos que ambas suposiciones son falsas: primero por que nos han dicho y hay quien afirma *positivamente*, que los pobres que sufrieron el chubasco no son los responsables de una falta que no han cometido; y segundo, que no juzgamos á ningun prójimo tan poco categórico que vaya á meterse en cocina ajena. Estamos convencidos de que los que silbaron, lo hicieron en uso de su libérrimo derecho, y solo por el gusto de dar una ligera muestra de sus talentos musicales.

En cuanto á la ambiciosa empresa, que gana el oro y el moro, con las colosales entradas que va teniendo, y merced á un presupuesto, que no sube á siete cuartos y medio, y una libra de harina al año, para pegar los carteles, le diremos que no cumple como es debido si no ajusta á la Ferraris, á la Cerito, á la Emma Livry; téngalo por dicho.

Maria di Rohan: En esta ópera fué justamente aplaudido y desempeñó hábilmente su parte de actor y cantante el señor Morelli; la señora Marini y el señor Piccinini contribuyeron al buen desempeño de la obra.

Dentro de breves dias, así, como quien dice, ca-torze ó quince años, se pondrá en escena una obra de vuestro servidor, y como espero que, gracias al progreso, se habrá encontrado el perfeccionamiento del silbato, oiré aquella noche el mas delicioso y armónico concierto.—He dicho.

Editor responsable: MANUEL ALLUE

Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustin Peiro.—1862